

VIAJES DE LOS HERMANOS NICOLÁS Y ANTONIO ZENO
Á FRISIA, ISLANDIA, GROENLANDIA, ESTOTILANDIA É ICARIA

Intimamente unidos á la historia de las colonias septentrionales de Groenlandia y con la del descubrimiento de la América oriental, están los tan discutidos viajes de los hermanos Nicolás y Antonio Zeno, que residían en Venecia al terminar el siglo XIV, y que hacia el año de 1390 hicieron largas travesías al Norte de Europa en un principio y, posteriormente, según parece al servicio de un conquistador de origen normando, varios viajes de aventura á Islandia, Groenlandia y otros países del todo desconocidos hasta entonces.

Durante estas expediciones, Antonio escribió á otro de sus hermanos, Carlos, que era un personaje importante de Venecia, minuciosas relaciones de sus viajes y detalladas descripciones de las costas y países que visitaban. Estas cartas se conservaron por espacio de mucho tiempo en el archivo de la familia Zeno; pero sus individuos hicieron de ellas poco aprecio, y por fin llegaron á poder de uno de los descendientes, llamado Nicolás, nacido en 1515, y el cual, siendo muchacho, sin conocer por lo tanto la importancia de aquellos papeles, los rompió casi todos. Llegado á la edad madura, y comprendiendo el grave daño que había cometido, buscó los pedazos, y reuniéndolos y completándolos con sus recuerdos, reconstruyó una descripción de las arriesgadas travesías llevadas á efecto por sus antepasados, la cual descripción fué publicada por él en el año 1558 en Venecia, en casa de Francisco Marcolini, con el siguiente título: *Dei commentarii del Viaggio in Persia di M. Caterino Zeno il K.. et dello scoprimento dell' Isole Frislanda, Eslanda, Engrouelanda, Estotilanda et Icaria, fatta sotto il Polo Artico, da due fratelli Zeni, M. Nicoló il K. e M. Antonio... con un disegno particolare di tutte le dette parte di Tramontana da lor scoperte. In Venetia per Francesco Marcolini. MDLVIII.*

La obra está dividida en tres partes: las dos primeras tratan del viaje á Persia realizado por un tal Caterino Zeno, y la otra del llevado á efecto por los hermanos Nicolás y Antonio Zeno.

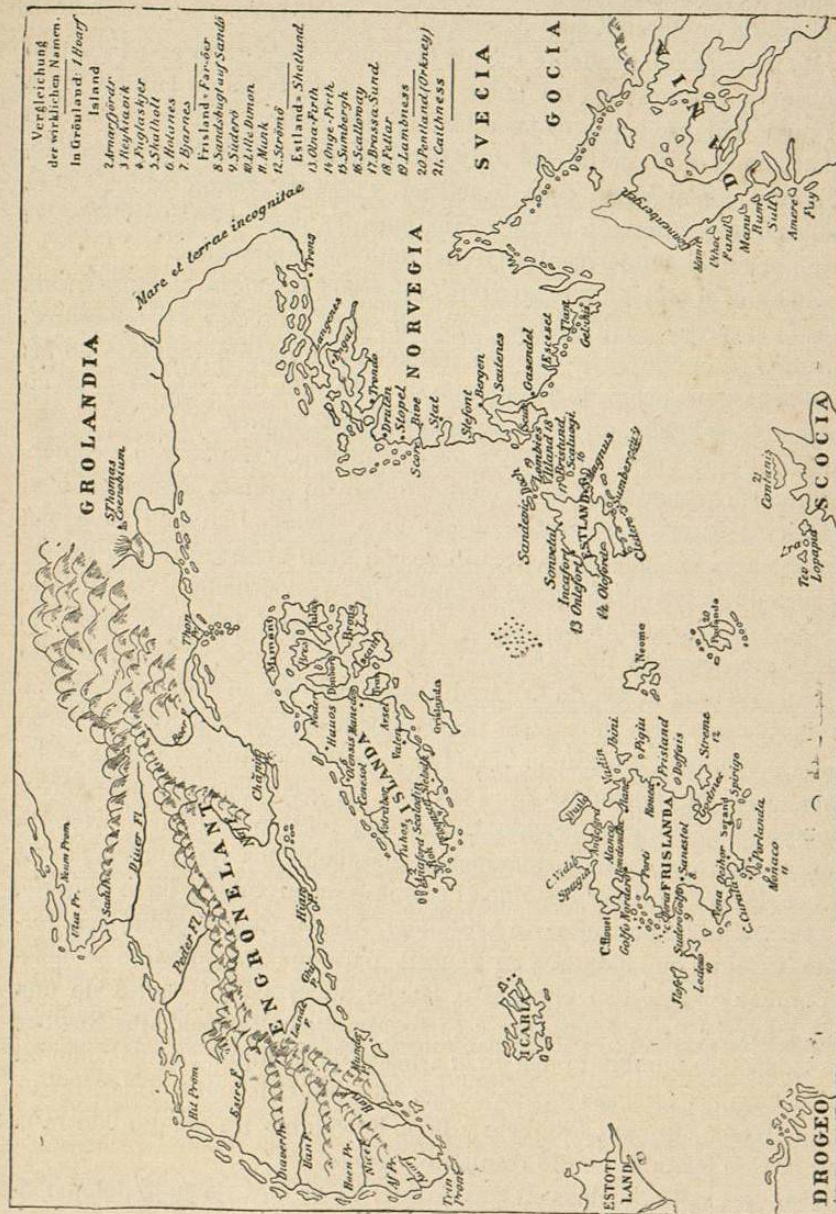
Entre los innumerables asuntos geográficos que han preocupado á los

hombres de ciencia, muy pocos han logrado ser objeto de tanto estudio y de investigaciones tantas como estos viajes de los hermanos venecianos. Así que, mientras sabios como Mercator (1595), de Lant (1643), Hornius (1652), Stüven (1714), Charlevoix (1744), Wáshington Irving (1828), Zahrtmann (1833), Peschel (1858) y varios otros, han negado la autenticidad del informe, otros muchos, entre los que se cuentan Ruscelli (1561), Moletius (1562), Ramusio (1583), Ortelius (1595), Hakluyt (1600), Forster (1784), Brache (1784), Zurla (1808), Barrow (1818), Alejandro Humboldt (1837), Bredsdorff (1845), Lelewel (1852), Gaffarel (1869), Major (1873), Gravier (1874), Vivién de Saint-Martín, Krarup, etc., etc., han reconocido, después de maduro examen, su veracidad en los detalles de mayor importancia. Posteriormente se ha aumentado el número de los últimos con los sabios escandinavos Steenstrup, Erlslef y Nordenskiöld.

Antes de entrar á discutir la parte histórica ó fabulosa que á los dichos viajes corresponda, preferimos reproducir su relato, sacándolo de los documentos en que consta, eliminando todo aquello que creamos huelga, y por lo tanto en nada afecta á su esencia.

«En el año de 1380 vivía en Venecia un caballero llamado Nicolás Zeno, personaje muy considerado por sus compatriotas, y el cual, para lograr gloria y fama, mandó construir y aparejar un barco, y cuando se hubo proporcionado la gente necesaria para tripularlo se hizo á la mar, atravesó el estrecho de Gibraltar y navegó constantemente en dirección Norte al objeto de visitar Inglaterra y Flandes (1). Sorprendido en alta mar por una borrasca horrorosa zozobró el buque en la isla de Frislandia, pero se salvó la tripulación y gran parte del cargamento. Los habitantes de la isla, que acudieron en gran número al punto en que los navegantes tomaron tierra, se apoderaron de Nicolás y de su gente, sin la menor resistencia por parte de éstos, pues tan rendidos estaban á consecuencia de las fatigas que habían sufrido que no tuvieron alientos para defenderse. Y es lo más probable que hubiesen sido sacrificados por los indígenas, á no haber tenido la suerte de que se hallase allí cerca el soberano ó cacique de la isla, que en cuanto tuvo conocimiento de lo que sucedía corrió hacia ellos y, hablándoles en latín, les preguntó quiénes eran y de dónde venían. Cuando supo que procedían de Italia mostró gran contento, y dirigiéndose cariñosamente á los naufragos les aseguró que ningún peligro tenían que temer y que desde aquel momento los tomaba á su servicio. El nombre de aquel soberano era Zichmni, y además de una parte de la isla de Fris-

(1) Major ha demostrado que la partida de Nicolás Zeno debió tener lugar probablemente el año de 1390 y no en el de 1380 que queda consignado.



Mapa de los viajes de Nicolás y Antonio Zeno (reducido á un cuarto poco más ó menos del original, hecho en 1558)

landia era dueño de otros pequeños páramos llamados Porlanda, y que se hallaban á corta distancia al Sur de Frislandia. Al mismo tiempo ejercía su soberanía en Sorand, situada enfrente de Escocia.

»Me ha parecido prudente incluir la copia de una carta marítima que se conserva en nuestra casa, entre otras antigüedades de familia, en la cual carta hállanse consignadas estas regiones septentrionales. Si bien es verdad que la dicha carta está muy deteriorada por la acción del tiempo, he logrado copiarla con toda exactitud, y será de grande utilidad para aquellos que se interesen en mi relato, pues les pondrá en claro algunas cosas que sin su ayuda resultarían del todo incomprensibles.

»Zichmni era un hombre guerrero, valeroso y dispuesto siempre á toda clase de empresas arriesgadas, y célebre sobre todo por sus temerarias aventuras en el mar; y no bien los italianos se hubieron repuesto de los trabajos pasados, aconsejó á Zeno que se embarcase con toda su gente en la escuadra indígena, que se componía de trece buques.

»Accedieron á esta proposición los extranjeros, y el soberano recomendó muy eficazmente á Zeno, como hombre de grande experiencia en asuntos marítimos y guerreros, al jefe de la armada. Con ésta navegó el italiano hacia Occidente, apoderándose con gran facilidad de las pequeñas islas de Leden é Ilofe, como asimismo de otras situadas en la bahía de Sudero. En esta última se reunieron con Zichmni, que en el lapso de tiempo transcurrido desde la salida de los navegantes, se había erigido soberano de toda la isla de Frislandia secundado por su ejército. La escuadra de Zichmni, tras muy corta permanencia en aquellos lugares, zarpó hacia Occidente, y durante el viaje fué sometiendo nuevas tierras al dominio de su rey. Encontráronse otra vez las escuadras y el soberano, y entonces se celebraron grandes fiestas con motivo de la gran victoria alcanzada, siendo en ellas sumamente agasajados los venecianos, pues á ellos se debía en primer término el triunfo por su valor y buen consejo.

»De vuelta en la capital de Frislandia, Nicolás Zeno escribió á su hermano Antonio, que habitaba en Venecia, para que con un barco se hiciese á la mar y fuera á su encuentro. Hízolo aquél así, y después de una larga travesía llegó felizmente á Frislandia y se estableció allí; Nicolás, que había sido nombrado jefe de la armada de Zichmni, realizó como tal varias hazañas famosas y sometió las islas de Grislandia, Talas, Broas, Iscant, Trans, Mimaut, Dambere y Bres. En cambio un ataque contra la gran isla de Islandia no dió resultado alguno.

»De Bres salió Nicolás con tres barcos, en el mes de julio del año siguiente, con rumbo al Norte de Groenlandia, y al llegar allí encontró un convento de frailes de la orden de Predicadores y una iglesia dedicada á Santo Tomás, emplazada en la cima de un monte que arrojaba humo y

fuego como el Vesubio y el Etna. En el mismo sitio había un manantial de agua hirviendo, con la cual se caldeaban, además de la iglesia y el convento, las celdas de los monjes. Esta agua servía también para la cocción de los alimentos, pues se conseguía por tal medio un ahorro grandísimo de combustible. El pan se cocía metiendo la masa dentro de pucheros de cobre y sometiendo éstos al calor del agua hirviendo, resultando cocido lo mismo que en un horno.

»En derredor del convento había algunos pequeños jardines, que conservaban toda su lozanía durante el invierno, preservándolos, por medio de conductos de agua caliente, de la influencia perniciosa del hielo y de la nieve. Así es que, en lo más crudo de la estación fría se daban en ellos flores, frutas y toda clase de legumbres propias de las regiones templadas en la estación calurosa.

»Los salvajes indígenas, asombrados de aquellas cosas para ellos sobrenaturales, veneraban á los frailes como á dioses, y á la continua los obsequiaban con gallinas, carne y otros presentes. Cuando el frío arreciaba confortaban los monjes sus celdas por el procedimiento antes dicho, regularizando la temperatura, si ésta llegaba á ser excesiva, bien interceptando la corriente del agua, ó bien abriendo una ventana para dar paso al aire del exterior. Para la construcción del convento no se había empleado otro material que el que proporcionaba el cercano monte volcánico. Sobre las escorias y piedra pómez que el cráter arrojaba echaban agua cuando éstas se hallaban todavía encendidas, y así obtenían una excelente masa caliza de grandísima consistencia. De estos mismos materiales eran también las viviendas que los indígenas construían, pues los bloques y losas que por tal procedimiento se formaban eran tan duras después de frías que era necesario para trabajarlas hacer uso de herramientas de hierro. Estas favorables condiciones del país fueron las que indujeron á los Padres á edificar número asombroso de edificios, cuyos tejados ofrecían la particularidad de que sus salientes aleros, formando una curva entrante hacia el muro, fuesen una gran defensa contra la lluvia. Los aguaceros no eran muchos ni muy grandes en aquellas regiones tan frías; generalmente, después de la primera nevada persistía el mismo tiempo por espacio de nueve meses.

»La alimentación de los monjes consistía principalmente en caza y pesca; esta última era muy abundante en el lugar donde el cauce del agua caliente desembocaba en el mar.

»Todos los habitantes de una gran población vecina al convento estaban ocupados por los monjes en la construcción de edificios, en la caza y la pesca, y en otros mil quehaceres que corrían á cargo del convento. Las casas de esta población indígena estaban todas emplazadas al pie de la

montaña; cada una formaba en su base una circunferencia de veinticinco pies, que se iba estrechando hacia arriba á guisa de un pilón de azúcar, en cuyo extremo superior ó cúspide había una estrecha abertura para dar paso á la luz.

»De las vecinas islas de Noruega y de Drontheim iban allí en el verano muchos barcos que llevaban á los monjes varios artículos, entre ellos materias combustibles para hacer fuego, maderas de construcción, tejidos para trajes y animales domésticos, los cuales artículos canjeaban los frailes por pieles sin curtir y pescados secos, cosas estas dos últimas que, como la mayoría de los habitantes de los alrededores estaba dedicada á su busca, tenían siempre en abundancia los monjes. Estos monjes eran casi todos noruegos, excepción hecha de algunos setlandeses.

»En el puerto había siempre multitud de embarcaciones, que cuando el mar se helaba tenían que invernar allí esperando la época del deshielo para marchar. Los botes destinados á la pesca eran de la misma forma que las lanzaderas de los tejedores, y los construían con pieles frescas de pescados (1) cosidas unas á otras, y las cuales estiraban y moldeaban poniéndolas sobre unas armaduras hechas con huesos de los mismos animales. Estas embarcaciones eran tan fuertes y seguras que los pescadores se lanzaban en ellas al mar sin temor al menor peligro, pues aun en caso de sufrir una borrasca y ser arrojadas contra las rocas de la costa, resistían gran número de golpes sin experimentar el desperfecto más leve. En su fondo llevaban un saco impermeable colocado formando un embudo y fuertemente atado por su parte inferior, y cuando entraba agua en el bote se echaba ésta dentro del saco indicado y se vaciaba en el mar por un procedimiento especial que no ofrecía ni peligro ni trabajo alguno.

»Como el agua que en el convento se empleaba contenía azufre y por consiguiente producía mal olor, habíanse construído grandes depósitos de cobre, cerrados herméticamente, á los que era llevada por medio de cañerías, estableciendo por tal modo un sistema completo de calefacción en todo el edificio sin que se notase el más mínimo hedor.

»Los frailes conducían además el agua caliente por una acequia de obra para que no se enfriase. El manantial se hallaba á la entrada del jardín, y allí mismo, en su centro, construyeron uno de los grandes depósitos de cobre. De esta manera se ponía el líquido en buenas condiciones para poderlo beber, y al propio tiempo podían utilizarlo para el riego. Estas ventajas, unidas á la que proporcionaba la vecindad del monte, satisfacían cumplidamente cuanto pudieran apetecer los habitantes del convento. Los monjes dedicábanse ante todo al cuidado de sus jardines y

(1) Estos pescados eran indudablemente focas y caballos marinos.

á la construcción de hermosas y cómodas viviendas. Como recompensaban muy bien el trabajo de sus obreros, y hacían ricos regalos y eran sumamente generosos con todos aquellos que les llevaban frutos ó simientes, jamás les faltaban inteligentes y buenos trabajadores. Dichos repetidos monjes, sobre todo los de más categoría, hablaban casi siempre en latín.

»No pudiéndose acostumbrar Nicolás Zeno al clima de Groenlandia,



Habitantes de Groenlandia con sus botes (*qajaqs*), según un grabado del siglo XVI

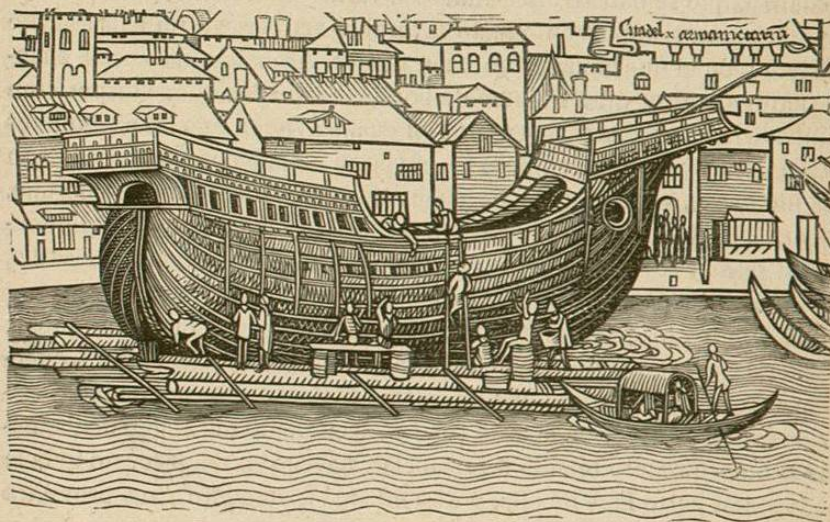
enfermó al poco tiempo de estar allí, regresó á Frislandia y murió de allí á poco. Su hermano Antonio, que heredó todos sus honores y riquezas, no logró conseguir, á pesar de lo mucho que rogó, que Zichmni le diese permiso para regresar á su patria, pues el soberano había decidido conservar todavía á su servicio y enviarle con algunos buques hacia Occidente á una isla en la que hacía veintiséis años habían encallado cuatro lanchas de pescadores arrojadas allí por un temporal. La tal isla se llamaba Esotilandia y debía de estar situada á más de 5.500 kilómetros al Oeste de Frislandia. Una de las lanchas ó botes había embarrancado en la costa, y su tripulación, compuesta de seis individuos, fué apresada por los indígenas y conducida á un paraje poblado y hermoso. El soberano de aquella

comarca mandó á llamar muchos intérpretes, pero tan sólo uno, que por un accidente parecido había llegado al país, y que hablaba latín, pudo entender el idioma de los náufragos. Valiéndose de él, el soberano les preguntó si querían establecerse en la isla; y como, si no por grado por fuerza se veían obligados á aceptar la proposición, quedáronse cinco años en Esotilandia, aprendieron la lengua de sus habitantes, y uno de ellos sobre todo visitó diferentes partes de la isla. Era ésta, según la descripción que de ella hizo este viajero, de dimensiones algo más pequeñas que Frislandia, pero más fértil y rica. Sus habitantes eran inteligentes y conocían algunas industrias, pudiendo suponerse que en tiempos lejanos habían sostenido relaciones con los pueblos europeos, puesto que en la biblioteca del soberano había algunos libros escritos en latín, libros que nadie leía por no ser conocido allí aquel idioma. Los esotilandeses poseían lengua y escritura propias y eran muy ricos en oro; sostenían tráfico comercial con Groenlandia, de cuyo país importaban pieles, piedra pómez y pescados secos. También cultivaban grano en los muchos y extensos bosques con que la isla contaba, y sabían fabricar algunas bebidas ó licores. Las casas estaban cercadas de murallas, y todo el país se hallaba sembrado de colonias y lugares. Poseían algunas embarcaciones, pero no conocían la brújula ni sabían hallar el Norte valiéndose del compás. Por su intrepidez fueron enviados los náufragos frislandeses (frisonos) con doce buques, en dirección Sur, á un país llamado Drogio, que era sumamente rico en oro; pero á la vuelta se vieron arrollados por un deshecho temporal que los puso en el mayor peligro, y no bien, á fuerza de mil trabajos y angustias, se vieron libres de él, cuando se encontraron envueltos en otro peor, pues cayeron en manos de los salvajes en una isla desconocida, los cuales salvajes, que eran antropófagos y por lo tanto consideraban la carne humana como un manjar delicadísimo, los devoraron, excepción hecha del pescador frislandés autor de este relato, que se salvó por haber enseñado á los indígenas el arte de pescar con red.

»La noticia de la habilidad del pescador se extendió rápidamente á las tribus vecinas; y el cacique de una de ellas sintió tal deseo de tomarle á su servicio, que después de una guerra victoriosa obligó á los que lo poseían á que se lo entregaran. Trece años permaneció el desgraciado en aquellas comarcas, en cuyo lapso de tiempo sirvió nada menos que á veinticinco dueños diferentes, habiendo pasado de uno á otro por medio de cambios, pues todos deseaban tenerle á su servicio. Esto le sirvió para adquirir conocimiento completo del país, del cual decía que era tan inmenso que parecía un mundo nuevo. Sus habitantes eran tan rudos que, aunque experimentaban grandes sufrimientos á causa del frío, iban desnudos por no saber utilizarse de las pieles para abrigarse. Les eran des-

conocidos los metales, practicaban el oficio de cazadores valiéndose de lanzas de madera con puntas muy afiladas ó de unos arcos cuya cuerda era de correa. Tenían varias leyes, estaban gobernados por caciques, eran sumamente crueles y salvajes, sostenían unas tribus con otras guerras continuas y sangrientas, y los vencedores se comían á los vencidos.

»A medida que se avanzaba hacia el Sudoeste se observaba mayor grado de cultura, el clima era también más benigno, y había ciudades y templos de ídolos. A estos últimos se sacrificaban víctimas humanas, con



Casco de un buque mayor de largo curso en construcción, á fines del siglo xv

las que se celebraba un banquete antropofágico después de cumplidas las ceremonias del culto. Estos salvajes conocían algo el empleo del oro y de la plata.

»El pobre pescador frislandés, después del largo cautiverio que queda consignado, logró un día fugarse, marchando á través de los grandes bosques hasta llegar á Drogio, punto al que arribó después de mil peligros y penalidades sin cuento. Allí se hizo intérprete de los tripulantes de los barcos procedentes de Esotilandia, consiguiendo con su trabajo realizar tan gran fortuna que pudo mandar construir y fletar una embarcación á sus expensas, con la que regresó á Frislandia después de veintiséis años de ausencia, y una vez allí hizo el relato de las aventuras que hemos transcritto al soberano Zichmni.

»Animado este cacique por la relación del pescador, decidió al momento someter á su dominación todos aquellos países; pero los preparativos de la expedición tuvieron mal comienzo, pues antes de emprender el viaje